

Ann
Patchett

COMUNIDAD

Traducido del inglés por Carmen Francí Ventosa

Título original: *Commonwealth*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2016 by Ann Patchett. All rights reserved

© de la traducción: Carmen Francí Ventosa, 2017

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9104-749-0

Depósito legal: M. 9.324-2017

Printed in Spain

Para Mike Glasscock

1

La fiesta del bautizo cambió radicalmente cuando Albert Cousins llegó con una botella de ginebra. Fix sonreía cuando abrió la puerta y siguió sonriendo mientras hacía ímprobos esfuerzos por acordarse de quién era aquel sujeto: Albert Cousins, de la oficina del fiscal del distrito, estaba ahí plantado en el porche de su casa. Fix había abierto la puerta veinte veces durante la última media hora —a vecinos, amigos y conocidos de la iglesia; a la hermana de Beverly, a sus propios hermanos, a sus padres y prácticamente a todo el cuerpo de policía—, pero Cousins había sido la única sorpresa. Dos semanas atrás, Fix había preguntado a su mujer por qué creía que tenían que invitar a una fiesta de bautizo a todas las personas que conocían en este mundo, y ella le había propuesto que repasara la lista de invitados y le dijera a quién tachaba. Fix no había repasado la lista, pero, si Beverly hubiera estado a su lado en aquel momento, habría señalado al frente y le habría dicho: a este no. El hecho no era que le disgustara Albert Cousins, apenas era capaz de asociar su nombre a un rostro,

pero eso mismo le parecía motivo suficiente para no invitarlo. Fix pensó que quizá Cousins estaba ahí para hablar con él de algún caso: no había sucedido nunca, pero ¿qué otra explicación podría dar a su presencia? Los invitados deambulaban por el jardín de la casa, si bien Fix no habría podido decir si se debía a que llegaban tarde, se iban pronto o, simplemente, se refugiaban en el exterior porque la casa superaba con creces los límites de aforo que un jefe de bomberos habría considerado aceptables. Lo que Fix tenía claro era que Cousins, solo y con una botella en una bolsa, estaba ahí sin que nadie lo hubiera invitado.

—Hola, Fix —saludó Albert Cousins. El alto asistente del fiscal del distrito, vestido con traje y corbata, le tendió la mano.

—Hola, Al —contestó Fix (¿de veras lo llamaban Al?)—. Gracias por venir. —Le estrechó la mano, la sacudió un par de veces con fuerza y la soltó.

—Casi no llego —comentó Cousins mirando a la gente que había en la casa, como si ya no hubiera espacio para él. No cabía duda de que la fiesta había pasado ya su mejor momento: la mayor parte de los emparedados triangulares habían desaparecido y solo quedaba la mitad de las galletas. El mantel de la mesa del ponche estaba mojado y manchado de color rosa.

Fix se apartó para dejarlo pasar.

—Pero ya has llegado —dijo Fix.

—No habría querido perdérmelo —contestó Cousins, aunque, obviamente, se lo había perdido: no había estado en el bautizo.

Dick Spencer era el único abogado de la oficina del fiscal del distrito al que Fix había invitado. Dick había sido policía, había estudiado Derecho por las noches y había ido ascendiendo sin darse aires. Poco importaba que Dick condu-

jera un coche patrulla o trabajara delante del juez: no cabía la menor duda sobre cuál era su origen. En cambio, Cousins era un abogado como todos los demás —fiscales del distrito, personal del departamento de policía o contratado—: eran amables cuando necesitaban algo, pero no se les pasaría por la cabeza invitar a una copa a un policía a menos que pensaran que les ocultaba algún dato interesante. Los abogados de la oficina del fiscal eran de esas personas que se fuman los cigarrillos de los demás con el pretexto de que están dejando de fumar. Los policías que llenaban el cuarto de estar o se desparramaban por el jardín trasero bajo las cuerdas de tender la ropa y los dos naranjos no intentaban dejar de fumar. Bebían té helado con limonada y fumaban como estibadores.

Albert Cousins le tendió la bolsa y Fix miró en el interior. Era una botella de ginebra de las grandes. Los demás habían traído tarjetas con oraciones, rosarios de madreperla o Biblias encuadernadas en piel de cabritilla blanca con cantos dorados. Cinco de los chicos, o sus cinco esposas, habían reunido el dinero para comprar una cadena y una cruz esmaltada con una perlitita en el centro, muy bonita, para el futuro.

—¿Ahora tenéis chico y chica?

—Dos niñas.

Cousins se encogió de hombros.

—Qué le vas a hacer.

—Poca cosa —contestó Fix, y cerró la puerta. Beverly le había pedido que la dejara abierta para que entrara algo de aire, muestra de lo poco que sabía de lo inhumano que era el hombre con el hombre. Por mucha gente que hubiera en la casa, las puertas no se dejaban abiertas, qué coño.

Beverly se asomó desde la cocina. Habría unas treinta personas entre ambos (todo el clan de los Meloy, todos los De-

Matteos, un puñado de monaguillos arrasando con el resto de las galletas), pero Beverly era inconfundible. Ese vestido amarillo.

—¿Fix? —llamó Beverly, alzando la voz por encima del estruendo.

Cousins fue el primero en volver la cabeza y la movió en un ademán de saludo.

Fix se enderezó como en un gesto reflejo, pero no se movió de donde estaba.

—Ponte cómodo, estás en tu casa —dijo Fix al ayudante del fiscal del distrito, y señaló a un grupo de policías que se encontraba junto a la cristalera, todavía con la americana puesta—. Conoces a muchos de los presentes.

Tal vez fuera cierto o tal vez no. En cualquier caso, lo que sí estaba claro era que no conocía a los anfitriones. Fix se dio media vuelta, se abrió paso entre la gente que se fue apartando para darle una palmada en el hombro y estrecharle la mano, felicitándolo. Intentó no pisar a ninguno de los niños, entre los que se encontraba su hija de cuatro años, Caroline, que jugaban por el suelo, se agazapaban y se deslizaban como tigres entre los pies de los adultos.

La cocina estaba llena de mujeres, todas ellas riendo y hablando a voces, si bien ninguna echaba una mano, excepto Lois, la vecina de la puerta de al lado, que sacaba unos cuencos de la nevera. La mejor amiga de Beverly, Wallis, se estaba retocando el pintalabios con ayuda del lateral cromado de la tostadora. Wallis estaba demasiado delgada y demasiado morena y, cuando se levantó, llevaba demasiado carmín. La madre de Beverly estaba sentada a la mesa de la cocina con el bebé en brazos. Le habían quitado el traje de cristianar de encaje y le habían puesto un vestidito blanco almidonado con flores amarillas bordadas en el cuello, como si fuera una novia y se hubiera cambiado para ponerse el vestido de viaje al

final del banquete. Las mujeres de la cocina se turnaban para hacer carantoñas al bebé, como si tuvieran que entretener a la criatura hasta que llegaran los Reyes Magos. Pero no conseguían distraer a la niña, que las miraba con los ojos vidriosos. Tenía la mirada perdida y la expresión cansada. Todo aquel lío para hacer sándwiches y llevar regalos a una niña que no tenía ni un año de edad.

—¡Mira qué bonita es mi niña! —exclamó la suegra de Fix sin dirigirse a nadie en concreto mientras deslizaba el dorso del dedo por la redonda mejilla de la criatura.

—Hielo —anunció Beverly a su marido—. Nos hemos quedado sin hielo.

—Le tocaba a tu hermana traerlo —contestó Fix.

—Pues no lo ha traído. ¿Puedes pedir a alguno de los chicos que vaya a buscar un poco? Hace demasiado calor para tener una fiesta sin hielo.

Se había atado un delantal al cuello pero no a la cintura para no arrugar el vestido. Algunos mechones rubios se le habían desprendido del moño italiano y se le metían en los ojos.

—Pues, si no ha traído el hielo, al menos podría estar aquí preparando sándwiches.

Fix miraba a Wallis mientras lo decía, pero esta cerró el pintalabios y no le hizo el menor caso. Fix habría querido ser de ayuda, era obvio que Beverly estaba muy ocupada. Cualquiera, al verla, habría pensado que Beverly era el tipo de persona que encargaría un *catering* para sus fiestas, que era de las que se sientan en el sofá mientras otros pasan las bandejas.

—Bonnie está tan contenta de ver a tantos policías en una habitación que no puede esperarse de ella que piense en sándwiches —razonó Beverly y, de repente, dejó de poner queso de untar y pepinos para mirar lo que tenía Fix en la mano—. ¿Qué hay en esa bolsa?

Fix le tendió la ginebra y su mujer, sorprendida, le dirigió una sonrisa por primera vez en todo el día; tal vez, incluso, en toda la semana.

—Dile a quien envíes a la tienda que traiga tónicas —pidió Wallis, mostrando un interés repentino en la conversación.

Fix dijo que él mismo se encargaría de ir a comprar el hielo. Había una tienda calle arriba y no le importaba escaparse de la fiesta un minuto. La calma relativa del barrio, el orden de las casas de una sola planta con el césped bien denso, la esbelta sombra que proyectaban las palmeras y el olor a azahar se sumaron al cigarrillo que fumaba con un efecto relajante. Su hermano Tom se acercó y caminaron juntos en un silencio agradable. Tom y Betty tenían ya tres hijos, tres niñas, y vivían en una ciudad llamada Escondido donde él trabajaba en el cuerpo de bomberos. Fix empezaba a darse cuenta de que así era la vida cuando uno se hacía mayor y llegaban los hijos: el tiempo era cada vez más escaso. Los hermanos no se veían desde que se habían reunido en casa de sus padres y habían ido a misa en Nochebuena y, antes de eso, cuando fueron en coche hasta Escondido para el bautizo de Erin. Pasó a su lado un Sunbeam descapotable y Tom dijo:

—Ese.

Fix asintió, lamentando no haberlo visto primero. Ahora tenía que esperar a que pasara algo que deseara él. En la tienda compraron cuatro bolsas de hielo y cuatro botellas de tónica. El chico de la caja les preguntó si necesitaban limas y Fix las rechazó con un gesto. Era el mes de junio y estaban en Los Ángeles, no era cosa de malgastar las limas.

Fix no había mirado el reloj al salir hacia la tienda, pero se le daba bien calcular el tiempo, igual que a tantos otros policías. Llevaban fuera veinte minutos, a lo sumo, veinticinco.

No era tiempo suficiente para que todo hubiera cambiado, pero, cuando volvieron, la puerta estaba abierta y no quedaba nadie en el jardín. Tom no se dio cuenta, algo normal en un bombero. Si no olía a humo, no había ningún problema. La casa seguía llena de gente, pero había más tranquilidad. Fix había puesto la radio antes de que empezara la fiesta y por primera vez pudo oír unas pocas notas de música. Los niños ya no reptaban por el cuarto de estar y nadie parecía darse cuenta de que habían desaparecido. Toda la atención estaba concentrada en la puerta abierta de la cocina, hacia la que se dirigieron los dos hermanos Keating con el hielo. El compañero de Fix, Lomer, los estaba esperando y señaló con la cabeza hacia la gente.

—Llegas justo a tiempo —anunció.

La cocina, que ya estaba atestada antes de que se fueran, lo estaba ahora tres veces más, pero de hombres. La madre de Beverly no se encontraba por ahí ni tampoco la nena. Beverly estaba junto al fregadero con un cuchillo de carnicero en la mano. Cortaba las naranjas de una enorme pila que se desplomaba sobre la encimera mientras los dos abogados de la oficina del fiscal del distrito de Los Ángeles, Dick Spencer y Albert Cousins —sin americana, sin corbata, mangas arremangadas por encima del codo—, hacían zumo de naranja en dos exprimidores de metal. Tenían la frente congestionada y brillante de sudor, el cuello de la camisa empezaba a oscurecerse mientras trabajaban como si la seguridad de la ciudad estribara en su capacidad de hacer zumo.

Bonnie, la hermana de Beverly, dispuesta ahora a ayudar, le quitó las gafas a Dick Spencer y se las secó con un trapo de cocina, aunque Dick tenía una esposa perfectamente capaz de echarle una mano. En ese momento, Dick, con los ojos libres del velo de sudor, vio a Fix y a Tom y les pidió el hielo.

—¡Hielo! —exclamó Bonnie. Hacía un calor infernal y la idea del hielo parecía magnífica. Dejó el trapo para coger las dos bolsas que llevaba Tom y las puso en el fregadero junto a la pulcra pila de pieles de naranja. Después, le cogió las bolsas a Fix. El hielo era asunto suyo.

Beverly dejó de partir naranjas.

—Justo a tiempo —dijo Beverly; metió un vasito de cartón en la bolsa de plástico e hizo caer tres simples cubitos, tomándose con calma. Echó un poco de bebida de una jarra llena a partes iguales de ginebra y zumo de naranja. Fue sirviendo vasitos y estos pasaron de mano en mano por la cocina hacia los invitados expectantes.

—Traigo tónica —anunció Fix, mirando hacia la bolsa que todavía llevaba en una mano. Tenía la sensación de que, en el tiempo que él y su hermano habían tardado en ir y volver a la tienda, habían quedado excluidos de la fiesta.

—El zumo de naranja es mejor —contestó Albert Cousins, deteniéndose el tiempo suficiente para vaciar el vasito que Bonnie le había preparado. Bonnie, que tan recientemente se había enamorado de los policías, había trasladado su devoción a los dos abogados.

—Es mejor para el vodka —precisó Fix. Con vodka y naranja se preparaba un combinado llamado destornillador, eso todo el mundo lo sabía.

Pero Cousins miró al incrédulo ladeando la cabeza y ahí estaba Beverly, tendiéndole un vasito a su marido. Parecía que ella y Cousins se entendieran sin palabras. Fix sostuvo el vasito en la mano y contempló al individuo que había aparecido sin ser invitado. En la casa se encontraban sus tres hermanos, un número incontable de agentes de la policía de Los Ángeles y un sacerdote que organizaba combates de boxeo los sábados para chicos con problemas, y todos ellos le prestarían ayuda para echar a un único ayudante del fiscal del distrito.

—¡Salud! —le dijo Beverly en voz baja, no como un brindis, sino como una orden, y Fix, todavía receloso, vació el vasito de cartón.

El padre Joe Mike estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared posterior de la casa de los Keating, delimitando un fino rayo de sombra. Depositó el vasito de zumo y ginebra sobre la rodilla de los pantalones negros que llevaba siempre. Pantalones de sacerdote. Era el tercer o cuarto vasito, no se acordaba, y le daba igual porque eran muy pequeños. Estaba esforzándose en escribir mentalmente un sermón para el domingo siguiente. Quería contar a la congregación, a los pocos que no estaban presentes en aquel momento en el jardín de los Keating, cómo se había hecho el milagro de los panes y los peces, pero no era capaz de dar con la manera de sacar la bebida de la narración. No creía que hubiera visto un milagro, a nadie se le pasaría eso por la cabeza, pero sí había presenciado una explicación de cómo se podría haber organizado el milagro en tiempos de Cristo. Albert Cousins había llevado una gran botella de ginebra, sí, pero no lo bastante grande para llenar todos los vasitos y, en algunos casos, volverlos a llenar varias veces para más de cien invitados, algunos de los cuales bailaban justo delante de él. Y si bien los naranjos valencianos del jardín, ahora desnudos, habían perdido todos sus frutos, nunca habrían podido ofrecerlos en número suficiente para abastecer a todos los presentes. Se daba por hecho que el zumo de naranja no combinaba bien con la ginebra y, en cualquier caso, ¿quién esperaba tomar una bebida alcohólica en un bautizo? Si los Keating se hubieran limitado a guardar la ginebra en el armarito de las botellas, nadie habría pensado mal de ellos. Pero Fix Keating le había dado la botella a su mujer, y a esta, agotada por la tensión de organizar

una buena fiesta, le había apetecido tomar una copa. Y si Beverly tomaba una copa, entonces, por Dios bendito, todos los presentes en la fiesta estaban invitados a beber con ella. En muchos sentidos, era el milagro de Beverly Keating. Albert Cousins, el hombre que había llevado la ginebra, era también quien había sugerido con qué combinarla. Hasta hacía un par de minutos, Albert Cousins había estado sentado al lado de Joe Mike contándole que era de Virginia y que, incluso después de tres años en Los Ángeles, todavía le sorprendía la abundancia de cítricos que pendía de los árboles. Bert —le había dicho al sacerdote que lo llamara Bert— había crecido tomando zumo concentrado congelado que se echaba en una jarra de agua y eso, aunque entonces no lo sabía, no tenía nada que ver con el zumo de naranja natural. Ahora sus hijos tomaban zumo recién exprimido con la misma naturalidad que él había bebido leche cuando era chico. Exprimían los frutos que cogían de los árboles de su propio jardín. A su mujer, Teresa, se le marcaban ya los músculos del brazo derecho de tanto girar las naranjas en el exprimidor mientras los niños le tendían el vaso y le pedían más. Solo querían zumo de naranja, dijo Bert. Lo tomaban todas las mañanas con los cereales, y Teresa lo congelaba en moldes *tupperware* para prepararles polos para la merienda, y, por las noches, él y Teresa tomaban zumo con hielo y vodka, bourbon o ginebra. La gente parecía no entenderlo, pero tanto daba lo que se le añadiera, lo fundamental era el zumo.

—A los californianos se les olvida este detalle porque se han criado entre una abundancia excesiva —reflexionó Bert.

—Es cierto —admitió el padre Joe Mike, porque había crecido allí mismo, en Oceanside, y le costaba entender el entusiasmo de aquel tipo por el zumo de naranja.

El sacerdote, cuyo pensamiento vagaba como los judíos en el desierto, intentó concentrarse otra vez en el sermón: Beverly

Keating se había dirigido al armario de las bebidas, que no había llenado para la fiesta del bautizo, y solo había encontrado una botella de ginebra terciada, una botella de vodka casi llena y una botella de tequila que John, uno de los hermanos de Fix, había traído de México el pasado septiembre y que no habían abierto porque nadie sabía qué hacer con el tequila. Beverly llevó las botellas a la cocina y entonces los vecinos de ambos lados y los de enfrente y tres más que vivían cerca de Incarnation se ofrecieron a ir a su casa y ver qué tenían en el mueble bar y, cuando los vecinos volvieron, no solo trajeron botellas, sino también naranjas. Bill y Susie regresaron con una funda de almohada llena de los frutos que habían ido a buscar a su casa, diciendo que podrían volver y traer otras tres: ni se notaba en el árbol todo lo que acababan de coger. Otros invitados siguieron su ejemplo, se fueron a casa, vaciaron los naranjos y arrasaron el armario de las bebidas. Dejaron todos sus presentes en la cocina de los Keating hasta que la mesa pareció la barra de un bar y la encimera, un camión de frutas.

¿No consistía en eso el verdadero milagro? El milagro no era que Cristo se hubiera sacado de su santa manga una mesa de bufet y hubiera invitado a todo el mundo a tomar panes y peces, sino que la gente que había llevado su comida en sacos de piel de cabra, quizá un poco más de lo que necesitaba para su familia, pero, sin duda, insuficiente para dar de comer a las masas, se sintiera empujada a la generosidad por el ejemplo del maestro y sus discípulos. De la misma manera los presentes en la fiesta del bautizo se habían visto animados por la generosidad de Beverly Keating, o bien por su imagen con aquel vestido amarillo, su cabello claro recogido en un moño que mostraba la nuca, una nuca que desaparecía en el cuello del vestido amarillo. El padre Joe Mike tomó un sorbo de su bebida. Y, cuando todo terminó, los presentes recogieron

doce bolsas de basura. El padre Joe Mike miró a su alrededor todos los vasitos dispersos por las mesas y las sillas o en el suelo, en muchos de los cuales quedaban un sorbo o dos. Si recogían todos los restos, ¿cuánto habría? El padre Joe Mike se sintió mezquino por no haberse ofrecido a volver a la rectoría para ver qué había allí. En lugar de aprovechar la oportunidad de participar en la comunión de una comunidad, se había quedado meditando en qué pensarían los feligreses al ver la cantidad de ginebra que había acumulado el sacerdote.

Sintió un ligero golpeteo en la punta de su zapato. El padre Joe Mike levantó la vista de la rodilla, donde había fijado los ojos mientras meditaba sobre el contenido de su vasito, y vio a Bonnie Keating. No, no podía llamarse así. Su hermana estaba casada con Fix Keating, así que tendría que llamarse Bonnie Otra-cosa. Bonnie Apellido-de-soltera-de-Beverly.

—Hola, padre —saludó Bonnie. Sostenía entre el pulgar y el índice un vasito como el suyo.

—Hola, Bonnie —contestó, intentando que su voz sonara como si no estuviera sentado en el suelo bebiendo ginebra. Aunque no estaba seguro de que siguiera siendo ginebra, tal vez fuera tequila.

—Me preguntaba si querría bailar conmigo.

Bonnie X llevaba un vestido con margaritas azules lo bastante corto como para hacer que un sacerdote se preguntara dónde debía mirar, aunque cuando se había vestido así por la mañana probablemente Bonnie no había tenido en cuenta que habría hombres sentados en el suelo mientras ella estaba de pie. Habría deseado dirigirle unas palabras en tono paternal explicándole que no bailaba porque había perdido la práctica, pero lo cierto era que no tenía la edad suficiente para ser su padre, que era lo que ella le había llamado. Así que se limitó a responder:

—Me parece que no es buena idea.

Y tampoco fue una buena idea que Bonnie X se acuclillara a su lado, pensando, sin duda, que ella y el sacerdote estarían a la misma altura y podrían tener una conversación más privada, pero sin tener en cuenta hasta dónde le subiría el borde del vestido. Su ropa interior también era azul. Pegaba con las margaritas.

—Lo que pasa es que están todos casados —dijo Bonnie sin cambiar de tono para expresar su resignación—. Y, aunque no me molesta bailar con un tipo casado porque no creo que un baile signifique nada especial, todos ellos están aquí con su esposa.

—Y ellas sí piensan que bailar significa algo. —Joe Mike la miró a los ojos.

—Pues sí —contestó ella tristemente, y se puso un mechón de pelo castaño rojizo detrás de una oreja.

En ese momento el padre Joe Mike tuvo una especie de revelación: Bonnie X debía abandonar Los Ángeles o, por lo menos, debería trasladarse al Valle, a un lugar donde nadie conociera a su hermana mayor, porque, cuando no estaba junto a ella, Bonnie era una chica francamente atractiva. Cuando estaban una junto a otra, Bonnie era un poni Shetland al lado de un caballo de carreras, pero lo cierto era que, si no hubiera conocido a Beverly, la palabra «poni» nunca le habría pasado por la cabeza. Por encima del hombro de Bonnie vio que Beverly Keating estaba bailando en el camino de entrada con un oficial de policía que no era su marido y que el oficial de policía parecía un hombre muy afortunado.

—Venga —rogó Bonnie con una voz que se encontraba entre la súplica y el lloriqueo—. Creo que somos las únicas dos personas presentes que no están casadas.

—Si lo que buscas es disponibilidad, no doy el tipo.

—Pero si solo quiero bailar —contestó Bonnie, y le puso la mano libre sobre la rodilla, la que ya no estaba ocupada por el vasito.

Debido a que el padre Joe Mike acababa de reprocharse el haber puesto las apariencias por encima de la verdadera bondad, se sintió vacilar. ¿Habría pensado dos segundos en las apariencias si hubiera sido su anfitriona quien le pedía un baile? Si Beverly Keating se hubiera agachado delante de él en lugar de su hermana, si hubiera acercado sus ojos azules, si su vestido se hubiera deslizado de tal modo que hubiera podido distinguir el color de su ropa interior... Se detuvo y negó de modo imperceptible con la cabeza. No era un buen pensamiento. Trató de regresar a los panes y los peces, y, cuando le resultó imposible, levantó el dedo índice.

—Uno solo.

Bonnie X le sonrió con una gratitud tan radiante que el padre Joe Mike se preguntó si alguna vez había hecho tan feliz a otro ser humano. Dejaron los vasitos y trataron de levantarse mutuamente, aunque era difícil. Antes de que estuvieran del todo de pie, se encontraban ya el uno en los brazos del otro. Bonnie no tardó mucho en juntar las manos detrás del cuello de Joe Mike y colgarse como la estola que él llevaba para oír confesiones. Apoyó las manos con incomodidad a cada lado de la cintura de Bonnie, en el estrecho lugar donde sus costillas se curvaban para encajar con los pulgares de Joe Mike. No era consciente de si alguien en la fiesta los estaba mirando. De hecho, lo dominaba la sensación de invisibilidad, como si estuviera escondido del mundo por la misteriosa nube de lavanda que se desprendía del pelo de la hermana de Beverly Keating.

Lo cierto era que Bonnie ya había conseguido bailar una vez antes de liar al padre Joe Mike, aunque al final no había sido

ni siquiera medio baile. Había arrancado de las naranjas por un minuto al trabajador Dick Spencer, diciéndole que debía descansar un poco, que las normas del sindicato también se aplicaban a los hombres que exprimían naranjas. Dick Spencer llevaba gruesas gafas de concha que le hacían parecer inteligente, mucho más listo que Lomer, el compañero de Fix, que no le hacía ni caso a pesar de que ella se había inclinado dos veces sobre él, riéndose. (Dick Spencer era de veras inteligente. Y era también tan miope que en un par de ocasiones, cuando se le cayeron las gafas mientras peleaba con un sospechoso, se quedó prácticamente ciego. La idea de luchar contra un hombre que podría tener un arma o un cuchillo que él no pudiera ver fue lo bastante inquietante como para que se matriculara en la escuela nocturna, luego en Derecho y más tarde en las oposiciones para ejercer la profesión.) Bonnie tomó la mano pegajosa de Spencer y lo llevó hacia el jardín trasero. Inmediatamente, se abrieron un amplio círculo, chocando con otras personas. Bonnie le pasó los brazos por la espalda y advirtió lo delgado que estaba bajo la camisa, delgado de una manera agradable, un hombre delgado que podía envolver con los brazos a una chica. El otro ayudante del fiscal, Cousins, era más guapo, incluso podría decirse que estaba estupendo, pero era evidente que era un poco arrogante. Dick Spencer era un encanto.

Hasta allí habían llegado sus pensamientos cuando sintió una mano fuerte que le agarraba el brazo. Había estado intentando concentrarse en los ojos de Dick Spencer, medio ocultos detrás de sus gafas, y el esfuerzo o cualquier otra cosa la estaba mareando. Lo abrazaba con fuerza, de manera que no vio que su mujer se acercaba. Si la hubiera visto, Bonnie podría haber tenido tiempo de apartarse o, como mínimo, de dar con algo inteligente que decir. La mujer hablaba fuerte y rápido, y Bonnie tuvo cuidado de apartarse de ella. Así fue como Dick Spencer y su esposa se marcharon de la fiesta.